

## VIERNES SANTO

Estaba allí. Seguía, como siempre, atado a la cruz. Se había convertido en un compañero habitual, tan habitual que apenas impresionaba. Pasaron ya los tiempos de Isaías en los que *se volvía el rostro* ante su presencia por insoportable. ¿Quién ha hecho soportable la imagen de este hombre torturado, del crucificado?

Hoy es Viernes Santo. Hoy la Iglesia nos vuelve a invitar a mirar el rostro de un hombre justo, que pasó haciendo el bien; un hombre fiel que no tenía preparado un plan de fuga si las cosas le salían mal; que sólo amó, también a sus enemigos; que miró a todos como hermanos; que sufrió el rechazo sin devolver mal por mal; que dejó en su corazón asiento a toda necesidad ajena; que supo decir la verdad no para acusar sino para revelar la vida, también a los que tenían pactos con la muerte (¿cómo dejarles sucumbir en ella?). ¿Quién es este hombre que el mundo no soportó cuando era lo mejor de nuestra especie? ¿Quién es este hombre que el mundo no acogió cuando sólo ofrecía vida, para todos? ¿Quién es este hombre que sigue mirándonos desde la cruz y preguntándonos porqué no lo acogemos?

Sus discípulos no soportaron el tirón final, la muchedumbre que lo aclamaba con gritos cambió sus palabras y siguieron gritando, ahora contra él.

¿Qué es lo difícil soportar de este hombre para que fuera expulsado de entre los vivos? ¿Cuál es la razón de que sus palabras de verdad no fueran escuchadas? Y hoy, ¿ha cambiado algo? ¿No le hemos expulsado nosotros también del reino de los vivos, de la vida de nuestra sociedad? ¿A dónde?

Hubo, sin embargo, mujeres que soportaron su mirada, que permanecieron a su lado y el dolor de este hombre se fundió con el de ellas, que en silencio suplicaban: *desde lo hondo a ti grito, Señor*, poniendo su confianza en el Padre. Mujeres que discretamente le habían seguido por los caminos de su vida. Ellas nos enseñan a mirar. Ante ellas comprendemos nuestras huidas de la vida que Dios nos pide (*Pedro, esta noche me negarás*); ante ellas comprendemos qué es la fidelidad y cómo mirar a este hombre. Sólo los ojos de una misericordia valiente, fraterna nos permiten ver.

Estaba allí, como siempre, hasta que ya no aguantó más y expiró. *Las tinieblas cubrieron la tierra*. ¡Qué cotidiano! La muerte se cierne sobre los hombres con mil nombres (enfermedad, accidentes, asesinatos, hambre,...) y la tiniebla *repuebla la faz de la tierra*. Pero entonces este hombre sigue hablándonos de tú a tú, de carne mortal a carne mortal. Misterio de una voz que habla incluso en medio de la muerte. Nadie se hizo más cercano. Su muerte ahora se une a la nuestra y nos acompaña hasta el final y desde la oscuridad suplica con nosotros: *Atiéndeme, Señor, da luz a mis ojos para que no me duerma en la muerte y no diga mi enemigo: le he podido*.

Se abre entonces la puerta del consuelo. Quizá el Padre abra su oído a esta plegaria. Quizá las puertas del abismo se abran y nadie esté solo, ni siquiera en la muerte. Quizá nadie quede preso del pecado porque este hombre *no se avergonzó de llamarnos hermanos*, tampoco cuando llevábamos piedras en las manos.

Junto a la cruz, aunque revestidos de pecado (como el centurión) podemos decir: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*. Si lo decimos, el viernes de pasión abrirá un surco en la tierra de los hombres para sembrar esperanza de luz, de perdón y de vida para todos.